

Jugarse el cuero bajo el brío del sol

HÉCTOR PEREA

En la Ciudad de México en muchos aparadores colocaban grandes mapas de España marcando día con día con banderitas y alfileres los avances de las tropas fascistas de Franco o los éxitos de los milicianos de la República. La gente se dividió: unos a favor de Azaña y la República y otros a favor de Franco. Se despertaron las pasiones. La guerra de España es la que más ha apasionado al mundo desde entonces.

... Yo devoraba cuanto periódico conseguía prestado, cuanta noticia escuchaba por los noticieros de radio, cuanto se decía de Madrid me enardecía; ansiaba volar si fuera posible para sumarme a los milicianos que defendían heroicamente la capital de España de la acometida fascista.

En su prólogo—"Advertencia" a *Cervantes o la crítica de la lectura*, libro de 1976, Carlos Fuentes señalaba un rasgo fundamental del contacto establecido entre México y la península a lo largo de la historia. "Nuestra relación con España es como nuestra relación con nosotros mismos: conflictiva ... La medida del odio [concluiría entonces el escritor] es la medida del amor. Una palabra lo dice todo: pasión."¹

Si por un lado, hecho cuyas reacciones en contra son aún visibles en el país americano, la conquista armada supuso para el pueblo mexicano una afrenta, una crueldad, por otro, aseguraba Fuentes hace más de dos décadas, en el padre Las Casas se resumiría la cara opuesta de la moneda. O sea, la generosidad española. Bajo el vistazo panorámico que aporta el transcurrir de la historia, conquista e in-

dependencia, reforma juarista, zapatismo—el original—y, por último, atracción cardenista de las personalidades de la cultura y la política republicana serían los ingredientes de la asimilación que en ese 1976 permitía ver como algo propio, también mexicano, el esperadísimo advenimiento de la democracia en España.

Hasta aquí, las opiniones de Fuentes eran en cierta forma lo esperado. No había en el fondo de su ensayo nada nuevo en cuanto a la fascinación que el exilio de la República ha provocado siempre entre los políticos y, sobre todo, los intelectuales y artistas mexicanos de izquierda o de avanzada. Años después el propio Fuentes procuraría reubicar, remodelar el tema dentro de una nueva y más profunda dimensión. En un trabajo hasta ahora inédito en libro² y bajo la impronta de acontecimientos más o menos nuevos, Fuentes consideraría que la imagen tópica de España se había modificado necesariamente ante los ojos de los mexicanos de su generación. Aquella idea que por esquemática había terminado por convertir en caricatura la hispanidad americana, a partir de ciertos hechos actuales no podía seguir vigente. En cuanto a esa imagen trasnochada, Carlos Fuentes se refería en concreto a interpretaciones del corte de la del muralista Diego Rivera. En ella se veía al español en América como símbolo del "vicioso conquistador", del esclavista y violador. O bien, a aquella otra versión en que se consideraba al emigrante económico como un tendero de boina vasca. Ambas imágenes, extremas y falsas, Fuentes las contrastaría con ese nuevo significado ya referido que había dado al concepto de his-

¹ Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura*, Joaquín Mortiz, México, 1983, p. 9.

² Carlos Fuentes, "La España de un mexicano", original mecanográfico.

panidad la guerra de España y el subsecuente exilio republicano. Exilio formador, exilio compañero de Fuentes y de sus coterráneos.

Con los argumentos anteriores el mexicano rompía un absurdo tópico. Pero aún a pesar de los esfuerzos renovadores, caía en otro. Pues si era verdad que el gobierno cardenista había acogido a uno de los contingentes de exiliados políticos más grande, hasta entonces, de la historia —si bien creo que mucho menor a la cifra de doscientos mil individuos que Fuentes refiere—, por otro lado este transitorio no estaba conformado únicamente por “lo mejor de la cultura española”, entendida ésta como sólo un conjunto de “poetas y cineastas, arquitectos y filósofos, editores y críticos, abogados y doctores”. Muchos más españoles, y no sólo republicanos, habían recalado en México. Entre ellos venían también, y en gran mayoría, obreros, campesinos y gente variopinta. Algunos de igual valía y en absoluto famosos.

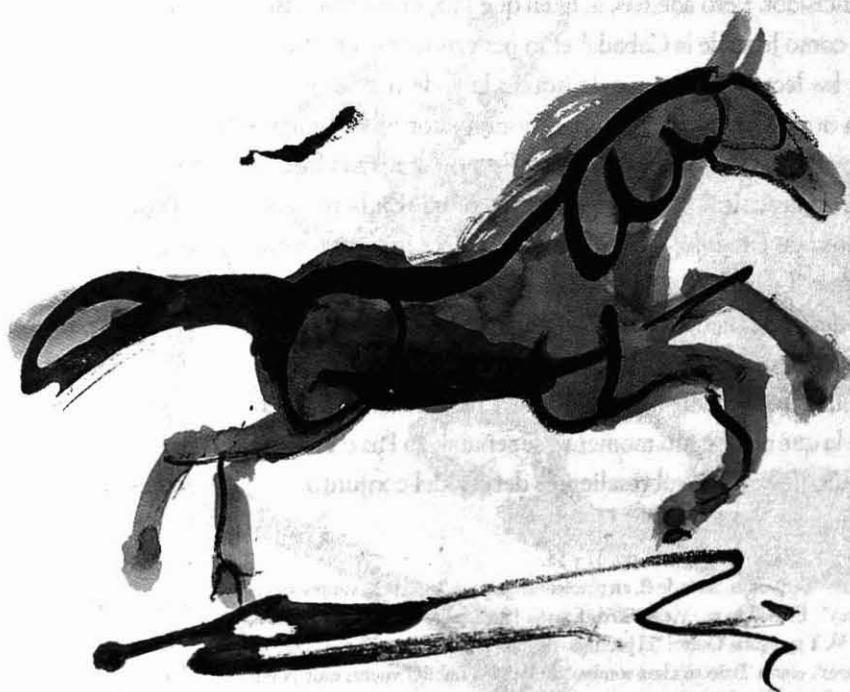
Por otro lado, un fenómeno como el anterior terminó por deformar, desde los años mismos de la guerra, la repercusión que tuvieron en su momento los mexicanos participantes en el conflicto. En cierta forma esta versión, propagada no sólo por Fuentes, era también una invención interesada. Imagen oficiosa por parte del gobierno y maniquea por parte del mundo intelectual. Y que en el caso concreto de los partícipes efectivos en el conflicto se apoyaría, de nueva cuenta, aunque desde el enfoque opuesto, en no más que algunos nombres con apellido y en poquísimos testimonios de primera mano.

Octavio Paz refiere en su libro *Inventario* el complemento de la idea grupal de Fuentes. Allí el poeta señalaba: “mi generación fue la primera que, en México, vivió como propia la historia del mundo, especialmente la del movimiento comunista internacional”³. Las palabras de Paz encierran quizá una gran verdad. Pero también, sin decirlo, el poeta, a través de ellas, sancionaba la participación de unos po-

cos, poquísimos individuos y daba por desaparecidos, o mucho peor, por inexistentes, a tantos otros. De hecho, él siempre dio excesiva importancia a la definición de las facciones mexicanas de intelectuales y artistas que en 1937 apoyaron a la República en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Carlos Pellicer y él mismo, en una versión muy posterior a los acontecimientos, habían marcado su línea frente a la representación mexicana de la LEAR (Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios). Aunque en su momento nadie hizo aclaración alguna cuando la prensa republicana, sintetizada en *Estampa*, los presentó al lector español como un solo bloque de apoyo mexicano a la causa.⁴ Octavio Paz apuntaría en *Itinerario* algo no del todo cierto si uno lee aquellas otras páginas periodísticas. Escribe Paz:

A los pocos días quedó integrada la delegación de México: el novelista José Mancisidor, designado por la LEAR, Carlos Pellicer y yo. ¿Por qué los organizadores habían invitado a dos escritores que no pertenecían a la LEAR? Ya en España, Arturo Serrano Plaja, uno de los encargados de la participación hispanoamericana en el congreso —los otros, si la

⁴ Véase Eduardo Ontañón, “José Mancisidor visita España con una delegación de intelectuales mexicanos”, en *Estampa*, Madrid, año X, núm. 505, 2 de octubre de 1937, s/f.



³ Octavio Paz, *Itinerario*, FCE, México, 1993, p. 51.



memoria no me es infiel, fueron Rafael Alberti y Pablo Neruda—, me refirió lo ocurrido: no les pareció que ninguno de los escritores de la LEAR fuese realmente representativo de la literatura mexicana de esos días y habían decidido invitar a un poeta conocido y a uno joven, ambos amigos de la causa y ambos sin partido: Carlos Pellicer y yo.⁵

Y repito que lo dicho por Paz no es del todo cierto ya que, según esa referida prensa republicana, quien comandaba el apoyo intelectual de México resultaba ser justamente Mancisidor. Pero además, al igual que Paz, tanto Mancisidor como Juan de la Caba⁶ eran por entonces conocidos por los lectores hispanos de izquierda y, de hecho, junto con otro miembro del grupo, el compositor Silvestre Revueltas, todos ellos recibirían en España encargos literarios y musicales de la misma importancia.⁷ En la nota de prensa de *Estampa* se introducía al grupo de la siguiente forma: “En la Delegación [mexicana] vienen primeras figuras de la nueva intelectualidad revolucionaria de Méjico.”⁸ Las líneas anteriores, envueltas desde luego en cierta retórica, se verían continuadas por una lista de los delegados en la que en ningún momento se señalaba a Paz o Pellicer como personajes sobresalientes dentro del conjunto.

⁵ Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 57 y 58.

⁶ Bergamín decía de él, en plan amistoso, que “era el Cervantes mexicano”. Elena Garro, *Memorias de España 1937*, Siglo XXI, México, 1992, p. 38. Y agregaba Garro: “El prestigio de Juan era inmenso. Tanto ‘Taurino López’, como ‘Bajo tu clara sombra’ de Paz, los habían vuelto muy populares” (pp. 85 y 86).

⁷ Véase *ibid.*, pp. 51 y 52.

⁸ Eduardo Ontañón, *op. cit.*

La versión de Paz sobre los días y las intrigas del Congreso es ampliamente conocida. Otra cara de la incursión mexicana en el conflicto, simbólica más que nada, la daría, también años después y bajo una perspectiva muy diferente por deshilvanada y cotidiana, la escritora Elena Garro. Ambas historias resultan en cierta forma complementarias. Aunque también, y desde luego, polémicas y contradictorias en más de un punto. Y han merecido matizaciones desde las más diversas posturas. Por ser éstas, repito, versiones del dominio público, lo que quisiera yo es

presentar una tercera vía de conocimiento de esta incursión mexicana en la guerra de España. Más allá del enfrentamiento político e ideológico manifiesto en la reunión antifascista, tan bien descrito por Octavio Paz en sus páginas autobiográficas, de lo que se trata ahora es de exponer la versión por muchos años silenciada. La de los auténticos combatientes.

Las palabras con que abrí este ensayo no son de Fuentes ni de Paz. No las expresó Macisidor como representante de la LEAR ni Elena Garro en función de mujer liberada. Quien en ese momento crucial para la República escribió lo siguiente: “cuanto se decía de Madrid me enardecía; ansiaba volar si fuera posible para sumarme a los milicianos que defendían heroicamente la capital de España de la acometida fascista”, fue Néstor Sánchez, combatiente mexicano en el frente de batalla. De hecho, en palabras del pintor David Alfaro Siqueiros, Sánchez fue “el único caso de un latinoamericano que no estuvo en las brigadas españolas, sino en las internacionales”.⁹ Y la suya sería la de los polacos.

Ante la falta de una información precisa, vacío propiciado por diversas causas entre las que no estaría ausente la misma reserva del gobierno o de la milicia mexicana a una participación definida en el conflicto, se ha especulado sobre la cifra de 400 combatientes de este país en los diversos frentes. Siqueiros habla de “trescientos treinta y tantos mexicanos” incorporados al Ejército Republicano. De ellos,

⁹ David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo*, Grijalbo, México, 1977, p. 358.

por cierto, poco se sabía hasta llegado el informe de su muerte. Unos cuantos, sin embargo, entre los que se encuentra el propio Siqueiros, dejaron consignada por escrito su participación. De entre los que llegaron a sobresalir como militares habría que recordar que el famoso Juan B. Gómez comandó las brigadas 91 o 92.¹⁰ El sobrino de éste, comandante Francisco Gómez, el mayor Ruperto García Arana y Bernabé Barrios participarían en otras tantas agrupaciones y un tal Pujol estuvo en el cuerpo de tanquistas de Madrid. Siqueiros, por su lado, figuró al mando de la 115, "la brigada de los mexicanos", como la llama Elena Garro en sus memorias y de la que, según dijo, llegó a ser jovencísima madrina.¹¹ Antes de pasar a los testimonios vivenciales transmitidos a través de la literatura quisiera terminar de dar constancia de algunos pocos grupos e individualidades que se han podido ubicar entre los mexicanos que acudieron a brindar apoyo moral a la causa o que participaron de lleno en la guerra.

En la entrevista a Mancisidor como cabeza de la representación intelectual mexicana también, un poco de paso, se mencionaba e incluso se mostraba fotográficamente —en instantánea de uno de los famosos grupos de refugiados, el de los hermanos Mayo— a "seis o siete hombres jóvenes, decididos, alegres de entusiasmo", que habiendo sido obreros en México formaban parte ahora del Ejército del Centro. "Nuestro Ejército Popular", aclaraba el reportero. Cuerpo armado tantas veces identificado con el revolucionario de México. "Dejamos aquello —decía uno de estos combatientes anónimos— porque vimos que era aquí, al lado de un pueblo que lucha por su libertad, donde estaba nuestro puesto."¹²

Con todas las matizaciones que debemos hoy considerar, el carácter del movimiento armado mexicano sería el antecedente del caso señalado años después por Carlos Fuentes. Visto de cierta forma como ejemplar para España, éste adquirió un nuevo peso y marcó de hecho, en lo más profundo, la relación establecida entre el país americano y la II República a partir de su advenimiento y del estallido del conflicto bélico.

¹⁰ Siqueiros, en dos apartados distintos de sus memorias, refiere una u otra brigada al hablar de Gómez. Véase *ibid.*, pp. 333 y 358.

¹¹ Elena Garro, *op. cit.*, p. 73.

¹² Eduardo Ontañón, *op. cit.*

En abril de 1931¹³ la revista *Estampa* había hecho figurar, entre los representantes de Argentina, Francia y Portugal, a los ministros de Uruguay y México como los que se disputaban el primer puesto en el reconocimiento del gobierno republicano. El poeta Enrique González Martínez sería entonces el último diplomático en calidad de ministro. Pues México, casi enseguida, y en un rasgo más de reconocimiento a la República, elevaría a nivel de embajada su representación. En este mismo sentido de cercanía entre los dos pueblos se pronunciaría pocos años después, aunque ya bajo distintas circunstancias, en octubre de 1936, otro embajador del gobierno mexicano. En declaraciones a la publicación republicana *Estampa*, había dicho Manuel Pérez Treviño:

Méjico en 1913, a través una época de lucha muy cruenta, de grandes semejanzas con la de la España de hoy ... Así como Méjico, una vez que terminó la lucha armada, hizo su reforma legislativa procurando las bases más amplias y seguras para el mejoramiento de las masas de campesinos y trabajadores y entró en un amplio periodo constructivo, yo deseo que el

¹³ "Los representantes de los Estados que primero han reconocido a la República Española", en *Estampa*, Madrid, año IV, núm. 172, 25 de abril de 1931, s/f.



pueblo español vea recompensados sus sacrificios, encuentran-
do los verdaderos derrotados de su bienestar colectivo.¹⁴

Para conmemorar el 27 aniversario del inicio de la Revolución el gobierno cardenista, en un hecho absolutamente sintomático, había enviado en diciembre de 1937 a un séquito de militares y diplomáticos a visitar los frentes de Madrid. El recorrido estaría marcado todo el tiempo por las memorias de combate de quien presidía la misión, el general obregonista Leobardo G. Ruiz. Movidado por la emoción, éste había llegado a declarar a la prensa: "La heroica firmeza de estos hombres no merece, a mi juicio, más que un comentario: cuadrarse ante ellos."¹⁵ El periodista señalaba que las palabras anteriores las pronunciaba un embajador "de hechura popular y de hechura revolucionaria". En la aplicación de conocimientos prácticos, surgidos de la experiencia inmediata en combate, y teóricos, el periodista de *Estampa*, Clemente Cimorra, veía un claro paralelismo entre las labores del general Ruiz como profesor del Colegio de Militares Revolucionarios y la capacitación dentro del Ejército Popular. Ruiz había dirigido además, como jefe de la Aviación mexicana, la búsqueda de dos pilotos españoles: Barberán y Collar. De origen proletario, repartidor de periódicos de avanzada, el general Leobardo G. Ruiz dejó en claro que su representación no buscaba ni establecer ni estrechar las relaciones entre ambos países desde una óptica aséptica. Muy al contrario, él pretendía que su incursión llegara a simbolizar "el exponente auténtico" de unas relaciones consolidadas no entre diplomáticos sino entre los pueblos de México y de la "España leal".

Amigo combatiente de Ruiz era, desde luego, el mencionado Juan B. Gómez. Pero también otros militares mexicanos como el mayor Ruperto García y el teniente coronel Rafael Aguilar. Campesino en su país de origen, Aguilar ya para entonces había estado en Madrid a las órdenes de Miaja y en la Sierra dentro de un regimiento de caballería. Cimorra intentó en el artículo un retrato, entre poético y realista, de estos pocos mexicanos. Pero en su minúsculo trazo al claroscuro lograría sintetizar, en la tez y en el arrojo, el espíritu de muchísimos otros voluntarios. "Guerrilleros regulares —decía Cimorra de ellos—. Caras negras del campo ancho. Jugarse el cuero bajo el brío del sol."¹⁶

¹⁴ "Los pueblos amigos de España. URSS. Méjico", en *Estampa*, Madrid, año IX, núm. 457, 17 de octubre de 1936, s/f.

¹⁵ Citado por Clemente Cimorra, "El general mejicano por los frentes de Madrid", en *Estampa*, Madrid, año X, núm. 514, 4 de diciembre de 1937, s/f.

¹⁶ *Ibid.*

Fallecidos en combate, la inmensa mayoría de estos brigadistas mexicanos, casi todos adolescentes, cayeron en el limbo de la historia. Nunca figuraron en las listas del gobierno mexicano ni, mucho menos, en las del franquismo triunfante. No obstante, y gracias a las memorias literarias que tanto abundaron por el lado español, algunos mexicanos llegarían a probar con dramatismo la existencia de esta presencia activa, y no sólo simbólica, en la guerra. Como lo hiciera Siqueiros en *Me llamaban el Coronelazo*, en libros testimoniales los brigadistas Juan Miguel de la Mora, Néstor Sánchez, Roberto Vega González o la enfermera y periodista hispanomexicana Carlota O'Neill narraron su verdad. Y, a diferencia de otros autores mexicanos, lo hicieron desde el interior mismo de la guerra.

Actores en los frentes del Ebro o Teruel, testigos de los bombardeos sobre Barcelona y Madrid, prisioneros en las cárceles y campos de concentración fascistas, algunos de estos ex villistas, obregonistas o simples gentes del pueblo escribieron páginas, aunque sin el lujo estilístico de Octavio Paz o Carlos Fuentes, sí con una pasión auténtica como la que encierra el siguiente cuadro:

Los condenados a muerte se encontraban amontonados en pequeñas celdas de castigo [escribió Roberto Vega González] ... Todos los días, 35, 40 o 60 hombres eran conducidos al "paredón" ...

Cuando la muerte está de por medio y la persona se encuentra en plena sangre fría, hasta los corazones más bien puestos se estremecen y sienten miedo ... Todo ello es producido por la imaginación y el cerebro. El terror que aquellos hombres sentían era momentáneo, era solamente la primera impresión. Porque esos hombres temerosos de la muerte en el primer momento, cuando eran conducidos hacia la puerta rumbo al cementerio, cambiaban completamente. Cada hombre que desfilaba se convertía en un héroe; sus poderosos gritos de rebeldía ante la injusticia repercutían mil veces más fuerte que las carcajadas del "sádico" [falangista]. Esos gritos hacían vibrar las cuerdas más escondidas de los hombres que quedaban en la prisión. Ya no eran de terror. Eran el grito de todos los pechos españoles, era el grito del pueblo ... ¡Viva la República! ¡Muera el traidor Franco! No valían los golpes de sus verdugos queriendo hacer callar esos gritos, no importaba que la sangre corriera y les bañara todo el cuerpo, ellos gritaban en esa forma y dejaban sus gritos como un postrer adiós que dirigían a sus compañeros.¹⁷ ♦

¹⁷ Roberto Vega González, *Cadetes mexicanos en la guerra de España*, Cía. General de Ediciones, México, 1954, pp. 153 y 154.